

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## La Personalidad social de Cristo

JESUCRISTO

EN LA LUCHA SOCIAL

La realización de la obra de Cristo fué una serie continua de luchas. A la par que con toda su divina intensidad se daba al Pueblo para llevarlo a su finalidad suprema, era perseguido por los enemigos de Dios y del Pueblo. Sin esenciales a la economía general de los pueblos, las doctrinas, los poderes y la política. Fácilmente, los que ejercen su ministerio en estos órdenes de cosas, se dejan llevar del egoísmo, de la malicia y el interés, y entonces el Pueblo es la víctima de estas altas pasiones dominadoras que atropellan todo aquello que se les opone, aunque sea el mismo Dios. Con esta clase de maliciosas gentes tuvo que sostener lucha abierta y feroz persecución el divino Restaurador, pues su Personalidad social apareció desde luego como la encarnación del Pueblo, al cual defendía en toda la extensión de su economía como enviado de Dios. Y se cumplió el Oráculo de sus antepasados reyes, que dijo de Él: «Los príncipes se aunarán contra el Señor y contra su Cristo» (Salmo II, 2); y en verdad, todas las sectas, todas las doctrinas, todos los poderes aun los más encarnizados enemigos entre sí, se aunaron para impedir su acción social.

Tan luego como se hizo dueño del corazón del Pueblo, los altos elementos antisociales, celosos de sus tradiciones que Él venía a condepar; celosos de las doctrinas que enseñaban interesadamente y del poder y de la superioridad explotadora que les daba la primacía y sostenía su ambición opresora del Pueblo, opresora de la clase escogida de Jesús, que le seguía porque veía en Él a su libertador; aquellas clases aborrecidas del Pueblo, se levantaron contra Él, provocadoras e insidiosas, siempre en acecho para sorprenderle. Desencadenaron contra Él sus pasiones, desplegaron el arte de todas las hipocresías y de la más refinada inquina, sin dejar piedra por mover, para

perderle; le persiguieron hasta quitarle la vida. Mas Él llevó adelante su ideal sublime, en una forma y con una fuerza nuevas, pero en su vigorosa acción se estrellaron las antiguas ideas, el formalismo y la fuerza de sus contrarios.

Prudente, reservado, lleno de fuerza, luchó contra los fariseos y los herodianos, contra todos los poderes pervertidos, contra la opresión y la injusticia, contra la alevosía hipócrita y contra la malignidad. Pero siempre con una mansedumbre inacabable que ponía de relieve ante el Pueblo su supremo desinterés personal, su caridad inmensa en vez de sus mismos perseguidores, y su deífico amor a las gentes de corazón sencillo. Tan sólo algunas veces, encendido en celo ardiente por la justísima causa que defendía, usó de sus divinas amenazas y anatematizó duramente su hipocresía.

La lucha que sostuvo contra el convencionalismo de todos los poderes, fué cruel. Su trabajo de descentralización del monopolio del dominio civil, judicial y religioso, que esquilmba ferozmente al Pueblo indefenso y creyente, fué de grandes proporciones. Sin embargo, por más colosal que fuera la lucha por el Pueblo, no se apartaba un punto de la finalidad de su Obra de regeneración; trabajaba en favor de sus propios adversarios. Estaba entregado todo al Pueblo. Su lucha era la lucha del amor que se lanza al combate para defender a su amado, sin cesar de manifestarle sus amores.

Al Pueblo, a su amado Pueblo, siempre espontáneo y apacible; que no resiste a las innovaciones sociales, porque es dócil; que se somete humilde al poder; que se conmueve hasta a los beneficios materiales de los cuales se desdennan los grandes y poderosos; a este Pueblo de corazones sencillos y de almas rectas, que en grandes masas le seguía hasta en los desiertos, olvidándose de comer y de dormir, se sentía el divino Bienhechor atraído y por él luchaba. Por esto, en lo más crudo de su lucha en bien del pueblo, respondió a los enviados discípulos del Bautista: «Id y contad a Juan las cosas que habéis oído

y visto: como los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos y los pobres son evangelizados» (Luc., VII, 22). «¿Y de los poderosos? ¡Ah, los poderosos! No le seguían, salvo raras excepciones, sino para acecharle. Se escandalizaban de su doctrina, porque no era aduadora, porque era la doctrina de la verdad, que ellos aborrecían. Por eso añadió a los discípulos de Juan: «Y bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí proceder» (ib., 23).

Bien sabía el divino Sociólogo que, en todo tiempo y en todo lugar, sus enemigos serían también enemigos de aquellos que después de Él habiau de continuar la realización de su ideal; y para que su grande Obra tuviera una verdadera universalidad y no se arredrasen ellos en tan ardua empresa y dura persecución, les decía derramando sobre ellos el valor cristiano: «Lo que os digo; de noche, decidlo a la luz del día y lo que os digo al oído, predicarlo desde las azoteas» (Mat., X, 27); esto es lo que os enseñado en particular y en un rincón del mundo, predicadlo con libertad en todo el mundo; extendadlo por todas las regiones de la tierra. «No he venido a poner paz, sino espada» (Luc., XII 51). Y pues la lucha se impone, «Nada temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. (Mat., X, 28). Cuando en una ciudad os persigan, id a otra, y no les tengáis miedo: que no es el discípulo más que su maestro... Vendréis a ser odiados por causa de mi nombre; pero, quien perseverare hasta el fin, será salvo» (ib., X).

La lucha hasta la muerte contra los enemigos del Pueblo, y de Dios; el amor hasta dar sangre y vida por el Pueblo: he ahí los perfiles característicos y salientes de la personalidad social de Cristo y de sus seguidores. De ahí brotan las espléndidas virtudes sociales que practicó, consagrado siempre al bien del Pueblo tan heroicamente; siempre consagrado a su regeneración, a su levantamiento y dignificación.

Así se levantaron en torno de Cristo los dos grandes elementos

del Pueblo, casi siempre en lucha; y en medio de ellos iba agigantándose su personalidad social.

El oro, el capital, intervenía como uno de los más poderosos factores en aquella lucha. La codicia desentrañada de los enemigos de Cristo influía en la política, en los altos poderes, en el doctrinarismo y hasta en el Santuario, cuyo alto personal sádico y materialista, era intruso, hacía los altos puestos objeto de comercio político, esquilmando al pueblo para saciar la sed de oro de los gobernadores romanos con quienes andaban aunados.

Jesucristo fué víctima, al fin y al cabo, de la codicia romana del capitalismo de entonces, pues, si Pilato le condenó, en último término, lo hizo movido por la codicia manifestada en el temor de enemistarse con el César y ser depuesto y perder así de un golpe los grandes capitales que le redituaba su alto empleo.

En la lucha de Cristo se ve marcadamente influir al Capitalismo que tanto persigue con heroica pobreza su acción.

JUAN AGUILÓ, Pbro.

## Fuga de vocales

(Sin A)

Entre un trino y otro trino,  
Nicomedes Porgirón  
bebí un pellejo de vino,  
y no sólo perdí el tino,  
sino que perdí el balcón.  
Volvió en sí después de mucho,  
y teniendo por ducho,  
los dedos metió en el pecho,  
viendo que se hubo deshecho  
su querido cucurucho.

(Sin E)

¡Cómo gritó Porgirón  
al notar tamaño robo!  
Llamaba al amo ladrón,  
lo cual al bravo patrón  
no pudo causar arrobo.  
—¿Yo ladrón?—dijo sacando  
una pistola cargada.  
¡Difamador! ¿Cómo? ¿Cuándo  
robaron mis manos nada?  
¡Dí, borracho, yo lo mandé!

(Sin I)

Asustado el bebedor  
al verle al patrón el arma,  
le rogó que por favor  
no le causasen alarma  
sus lamentos de dolor.  
—¡Loco me vuelvo!—exclamaba  
¡Me roban lo que guardaba  
para los postreros años!  
No deben, pues, serles extraños  
los clamores que lanzaba.